

LA CATEQUESIS, UN LENGUAJE QUE ENTIENDA ESTA GENERACIÓN

Pbro. Francisco Merlos Arroyo
Catequeta mexicano, sacerdote diocesano,
teólogo y pastoralista por las universidades
Gregoriana (Roma) y Católica (Estrasburgo).
Asesor de la Conferencia Episcopal Mexicana.
Conferencista y escritor de libros y artículos.
Profesor de la Universidad Pontificia de México

2ª ponencia en el
IV Congreso Nacional de Catequesis
"Monseñor Antonio Troyo Calderón"
San José, Costa Rica, julio 1992

Al multiplicar los contactos con catequistas de todos los niveles, uno se persuade cada día más de que gran parte de la problemática catequística se concentra en el problema del lenguaje.

En efecto, los formadores de catequistas en institutos o escuelas especializadas, los asesores parroquiales, los educadores de la fe en el medio escolar, los mismos catequistas de la base, todos confiesan su dificultad y su aflicción para dar con los cauces adecuados para la comunicación de la fe.

Las preocupaciones prioritarias de la mayoría de estos educadores de la fe, giran en torno a métodos, a textos, a programas, técnicas y organización. Lo cual, en el fondo, es una ansiosa búsqueda de lenguajes aptos para expresar la fe. A decir verdad, ni siquiera la teología, la homilética, la espiritualidad, están exentas de estas preocupaciones.

En contraste con épocas de un pasado aún reciente, el problema del lenguaje ha adquirido en nuestros días una particular relevancia. A algunos puede hasta parecerles excesiva.

Sin embargo, la cuestión del lenguaje ha llegado a ser de "actualidad candente" y de la máxima importancia a causa de los avances ocurridos en el campo de la comunicación humana, de la semántica, de la lingüística y de la simbología por una parte; y por otra, a causa de que la comunicación ha sido potenciada en la época moderna mediante poderosos recursos tecnológicos (P 1064). Todo ello, unido al creciente dinamismo de las ciencias psicológicas y sociales, da como resultado un panorama donde prácticamente la única alternativa de nuestro tiempo consiste en saber apropiarnos el lenguaje que hoy se habla, si no queremos perecer en un caos de incomunicación.

Se dice que el éxito o el fracaso de toda empresa humana, incluso del lenguaje, va a depender de nuestra capacidad para usar el tipo de lenguaje que genere la comunicación adecuada según los objetivos que pretendemos con lo que hacemos.

Dado que la cuestión del lenguaje "influye notablemente en el campo de la catequesis", pues además de ser un quehacer de fe, es también un quehacer humano, esta reflexión pretende ayudar a despuntar pistas que superen la perplejidad existente. Porque si la catequesis "tiene el deber imperioso de encontrar el lenguaje adaptado", no puede conformarse con asumir cualquiera de entre los muchos que existen. Es necesario que se apropie aquel que sea capaz de expresar en plena fidelidad el Misterio de Cristo al ser humano de hoy (CT 59). El lenguaje, como columna vertebral de la catequesis, propone un lugar importante en cuanto a las exigencias que debemos cumplir al ser, por vocación, comunicadores públicos. Lo anterior, en vista de que al formar catequistas, se contemplan aspectos de formación en Mariología, Eclesiología, Biblia, etc., pero no hay preocupación por dar conocimientos para que los catequistas encuentren el lenguaje correcto para comunicar estos conocimientos. Así, no se le da cauce, ni instrumento al catequista, para que establezca comunicación con la comunidad cristiana.

I. LENGUAJE, EXPERIENCIA, COMUNICACIÓN

En la relación interpersonal y en la convivencia humana, el lenguaje ocupa sin lugar a dudas un sitio privilegiado. Es visto como fuerza que genera cohesión comunitaria. Es elemento de identificación con un grupo al que se pertenece o desea pertenecer. Sin lenguaje, el ser humano no tiene identidad ni sentido de presencia.

El lenguaje, en cierto modo, crea la convivencia, porque desencadenando energías espirituales latentes, rompe silencios, deshace aislamientos, define posturas, gesta conflictos, elimina ambigüedades. Por ello, participar de un lenguaje, es entrar en el dinamismo de la vida. Es, en cierta manera, existir para los demás y optar porque los demás existan para mí. Es desagradable para el ser humano, convivir dentro de un grupo del cual no maneja sus tipos de lenguaje (verbal, no verbal).

El sentido más profundo del lenguaje estriba en que él es portador del propio ser. Es auto revelación, vale decir, auto donación. Es la propuesta que hacemos a otros de nuestro íntimo misterio personal. Por eso, hablar no es tanto pronunciar, cuando "pronunciarse". No es principalmente decir y comunicar, cuanto "decirse" y "comunicarse". De ahí el riesgo que implica hacer uso de un lenguaje. Ello pide autenticidad, involucrarse con el propio ser. En el lenguaje hacemos la entrega de nuestra cosmovisión personal o grupal, intercambiamos valores, experiencias, convicciones, así como lo hizo Jesús al ser el gran lenguaje del Padre. El Padre comunicó a sus hijos por medio del único lenguaje que podían entender, el lenguaje humano. Por el lenguaje expresamos nuestro estilo peculiar de entender la existencia y de ubicarnos en ella.

La persona que mejor emplea un lenguaje no es la que reproduce fielmente unos signos materiales, ni la que emite la mayor cantidad de palabras. No es el que más impacta, ni el más espectacular, ni siquiera el más elocuente, sino aquel que al hablar implica su persona en su palabra.

Quien más da, quien más se involucra, es el que mejor utiliza un lenguaje y por ello, quien mejor realiza la comunicación humana. Al referirnos al lenguaje rozamos otras dos realidades afines: la experiencia y la comunicación

a. Un lenguaje, todo lenguaje presupone y arranca siempre de UNA EXPERIENCIA QUE SE VIVE

Normalmente no se expresa sino lo que de algún modo pasa por el crisol de la experiencia vivida. No se dice sino lo que se percibe. Lo que se traduce en un lenguaje, es justamente lo que se capta y se incorpora a la propia personalidad en un largo proceso de interiorización. El lenguaje se gesta dentro de la historia y la cultura.

Uno no habla sino lo que siente, no entrega comunicativamente sino lo que conoce y experimenta, sus vivencias, los valores contenidos en ellas, el dolor, el gozo, el amor... Por eso se dice que el lenguaje es la expresión comunicativa de la experiencia vivida, de la cultura en la que se ha desarrollado; porque ella es quien le da toda la "carga" de humanidad y de significación que interpela para suscitar respuesta al mismo nivel en el interlocutor.

Toda esta expresión de la personalidad, que a través de un largo proceso ha sido interiorizada, se desarrolla por medio de todos los lenguajes que constituyen la comunicación humana.

b. Por otro lado, el lenguaje evoca la comunicación

Ella es un horizonte, su razón justificadora primordial. Porque el lenguaje está para servir a la comunicación. Y si no es así, debe desaparecer, porque pierde su razón de existir. Esto tiene muchas consecuencias: ¿para qué usamos un lenguaje que no dice nada?

Vivir es comunicarse. Un ser humano que se corta de su medio ambiente, que no comunica, pronto perece. Ver, oír, tocar, oler, gustar, respirar, son formas y canales de comunicación. Por esto el catequista, antes de usar un lenguaje, tiene que ser él mismo un lenguaje.

En el plano interpersonal, la comunicación es más compleja y puede sufrir innumerables refinamientos. Uno se comunica con su presencia, con su mirada, con su sonrisa, con su modo de caminar, con su estilo de vestir, con su corte de pelo, su manera de estrechar la mano y su timbre de voz... Toda persona es mensaje y signo a la vez. Muchas veces se olvida este punto en la catequesis: se prepara muy bien lo que se va a decir, pero no se prepara en cómo se va relacionar con el otro. Así la primera evangelización se realiza por esta primera comunicación, ya que la presencia del hombre es signo y lenguaje a la vez.

La dimensión comunicativa es inherente a su persona. Por eso Puebla dirá certeramente que "la comunicación como acto social vital, nace con el hombre mismo" (P 1064). Comunicarse no sólo es cuestión de sobrevivencia. Es también condición de crecimiento y de realización interpersonal.

Por otro lado, la comunicación surge como una dimensión amplia y profunda de las relaciones humanas (P. 1065). Y esto significa que el ser humano tiene allí la única alternativa de respuesta a su vocación más radical: ser de relación, que vive en la relación y se orienta hacia la relación. La única senda que lleva a la propia realización es la comunicación relacional. El hombre es lo que refleja su comunicación, pero ésta sólo se opera mediante sostenidas y crecientes relaciones que encuentran en el lenguaje su cauce inmediato y natural.

En este ámbito de relaciones interpersonales, el lenguaje es contemplado como un sistema de signos y de símbolos, como una clave para interpretar la realidad. La comunicación se efectúa cuando los interlocutores comparten la misma clave de interpretación, cuando hay convergencia de significados y reciprocidad de intenciones. Si alguien desea establecer comunicación con otros, debe cerciorarse de que estén en una misma "sintonía" intencional, libre de interferencias y ambigüedades. De no ser así, la comunicación puede convertirse en fuente de conflictos y frustraciones. Es importante que exista una misma clave para interpretar la realidad, pues si

estamos utilizando un mismo lenguaje, pero no usamos las mismas claves de interpretación, no nos estamos comunicando con efectividad.

Los catequistas solemos usar dos grandes clases de lenguaje: el lenguaje verbal (palabras, sonidos, idiomas, lenguas); y el lenguaje no verbal, el lenguaje de acciones, gestos actitudes, de testimonio, de gestos que se ven. Pero este lenguaje, a menudo, lo hacemos a un lado.

En la convivencia humana el lenguaje es vínculo de comunión interpersonal. Por él las personas se aproximan espiritualmente y se encuentran en la recíproca donación interior. Por eso, el lenguaje es una forma peculiar de compartir las existencias. Hablar el mismo lenguaje nos significa emitir los mismos sonidos, decir las mismas palabras o reproducir los mismos gestos. Es primordialmente construir la comunión profunda desde la propia identidad, en el vaivén complejo de las relaciones y en la adopción de una misma clave de interpretación de la realidad.

Para el propósito de esta reflexión catequética y sin entrar en demasiadas clasificaciones propias de los especialistas, hay que señalar los tres tipos de lenguaje más frecuentemente empleados en la comunicación. Ellos revelan, de paso, otros tantos niveles de profundidad.

- **Lenguaje superficial**

Este es un lenguaje plagado de lugares comunes y frases hechas. Contiene experiencias, pero intrascendentes. Un lenguaje así muy apropiado para perezosos mentales no involucra a la persona, carece de densidad humana y es incapaz de producir un enganche espiritual. No interesa porque no logra tocar los centros vitales del interlocutor a causa de su vaciedad de contenido. El lenguaje superficial tiene ancha cabida en ciertos medios (políticos, aristocráticos, religiosos), donde lo que interesa no es tanto la comunicación y el diálogo interpersonal, cuanto el impacto intrascendente y el avasallamiento verbalizante. No compromete a nada. Su finalidad no es la comunicación, sino impactar al otro. Este lenguaje en ciertos momentos se emparenta muy bien con la demagogia.

- **Lenguaje técnico**

Este lenguaje es altamente preciso y riguroso en su expresión. Normalmente está bien estructurado y se emplea en orden al saber intelectual. Como lenguaje propio de los medios académicos y técnicos, procura expresar preferentemente los resultados comprobados y adquiridos mediante el quehacer científico. No es su fin el de ser el portador de una experiencia vital de la persona. Un lenguaje así, suscita en el interlocutor un asentimiento racional en fuerza de su carácter demostrativo, lógico o experimental. Este no debe ser siempre el lenguaje de la catequesis, pues no trasmite una experiencia de fe. Así, la catequesis no es la teología, pues tiene otro género para comunicar la fe, para suscitar la conversión.

- **Lenguaje existencial**

Como implicador de la persona, la involucra; este lenguaje no puede ser sino vital y rico en contenidos y en matices humanos. El lenguaje existencial afecta los centros vitales del interlocutor y es reactivo de comunicación interpersonal por estar dotado de un gran poder de enganche espiritual. Ligado a la experiencia profunda del emisor, suscita una experiencia al mismo nivel. Tal lenguaje no necesita de recursos artificiales ni procura persuadir por la fuerza de la argumentación lógica o de la experimentación científica; tampoco pretende impresionar. Le basta alcanzar al otro con el poder de una autenticidad que se confunde con la vida misma, con la persona misma. Por eso, el lenguaje existencial es sinónimo de la persona, es el lenguaje total del ser humano; donde el pensamiento, el sentimiento, la pasión, la experiencia, la totalidad de la vida, se dice en cada gesto y en cada palabra que el hombre usa para entrar en comunicación con el otro. La persona es mensaje y lenguaje a la vez. Los líderes carismáticos, los profetas y los santos son el ejemplo típico de un lenguaje denso de carga existencial. El medio es el mensaje, el instrumento: el hombre que comunica su experiencia intensa de Dios. Este es el lenguaje de la catequesis.

II. LA CATEQUESIS, LENGUAJE DE LA IGLESIA

En el anterior esquema referencial queremos ver ahora a la catequesis como una expresión privilegiada de la vitalidad contenida en el Pueblo de Dios, es decir, como un lenguaje de la Iglesia.

La reflexión conciliar ha acentuado fuertemente la dimensión sacramental de la Iglesia. Su presencia salvífica en el mundo se expresa en lenguajes y signos que revelan inequívocamente los valores del Reino que proclama y que instaura.

La catequesis es el lenguaje levantado entre las naciones, para reconocer en ellas la presencia del Reino de Dios.

En la variedad de situaciones, el Pueblo de Dios, obediente al Espíritu, deja brotar en su interior lenguajes por los cuales son reconocibles en la historia de las intervenciones salvadoras de Dios. La Iglesia es un lenguaje, pero además genera lenguajes. El testimonio, los signos sacramentales, la acción pastoral, el magisterio, la teología, la Escritura, la catequesis. Todo ello constituye los lenguajes por los cuales la Iglesia expresa su vida

interna. En ellos involucra su personalidad más profunda, su ser más íntimo, la realidad substancial de aquel misterio escondido en el Padre desde siempre, revelado y consumado en la Persona de su Hijo Jesús.

Nos ocupamos aquí sólo de la catequesis, como expresión del ser profundo de la Iglesia.

Como lenguaje eclesial, la catequesis tiene su mayor fuerza en la capacidad para adentrarse en la dinámica del lenguaje humano, para asumir e interiorizar la experiencia fundamental de la fe. El ser humano, es el sujeto del lenguaje de la catequesis. Si la catequesis no enraiza en la experiencia de una comunidad, falla; y si no busca la comunicación de fe, también falla.

Es una condición de encuentro con Aquel que colma todas las esperanzas del hombre. Sin la experiencia fundamental de la fe, la catequesis no puede ser lenguaje de Iglesia, y en última instancia, tampoco puede propiciar la comunicación de fe. Pero ¿de qué experiencia se trata?

a. Una experiencia de Dios

La catequesis tiene como objeto de su anuncio "lo que hemos oído, lo que hemos visto, lo que nuestras manos han palpado del Verbo de la Vida" (I Jn.1,1). Es el desbordamiento gozoso de la irrupción de Dios, experimentado como amor inagotable para el hombre. Es inútil hacer una catequesis que no tenga raíces humanas, que no tenga testimonio; de así hacerlo, se estaría negando la mitad de la encarnación.

Por la catequesis, la Iglesia se pronuncia existencialmente, confiesa su íntima experiencia de la proximidad del amor de Dios y expresa sin ambigüedades su comunión profunda con el Padre, cuyo rostro se contempla en el de su Hijo Jesús. Por eso no hay catequesis válida sin experiencia del Dios de Jesucristo.

b. Una experiencia del hombre

En años recientes se ha venido proclamando como un lema eclesial que "somos expertos en humanidad". Es un programa de la vida, para tener resonancia en la vida de Dios y en la vida del hombre.

Por la catequesis, la Iglesia expresa su experiencia de comunión con el hombre, su revelación con él, la mirada que sobre él tiene, la valoración que hace de todo lo concerniente a lo humano. En este sentido la catequesis es una vigorosa proclamación de la dignidad del hombre como centro de gravedad de su quehacer. Por eso es insostenible una catequesis sin experiencia profunda de comunión con el hombre. Porque mal podría hablar el lenguaje del hombre si no lo aprende en él mismo como un alfabeto, si no descubre el fondo donde se palpa el nudo de su existencia, en una palabra, si no lo asume desde sus raíces más ocultas, a la manera de Jesús, que sirviendo el Hijo no desdeñó revestirse de siervo (Filip. 2,5-7).

Queda aún un punto por tratar: como lenguaje de la Iglesia, la catequesis tiende a establecer y profundizar la comunicación de la fe. Procura la comunión interpersonal entre Dios y el hombre. Que compartan sus mundos respectivos, que hablen un mismo lenguaje, que vivan en "sintonía" de vida, que adopten los mismos valores por la comunicación recíproca de las existencias. A esto la Biblia le llama conversión.

En la medida en que desencadena y nutre este proceso vital puede decirse que la Iglesia realmente "habla" con el lenguaje de la catequesis. No basta, por tanto, catequizar apoyados sólo en buena voluntad o en pericia pedagógica. Se trata de algo más profundo, de hacer circular la vida de Dios al hombre, la vida de éste hacia Dios y hacia sus hermanos, en el interior de la comunidad, en las tareas temporales, en la celebración de los signos sacramentales, etc.

De ahí se comprende mejor por qué la catequesis se concibe como "un proceso dinámico, gradual y permanente de educación en la fe" (P 984). Ello implica asegurar el cultivo de la apertura que requiere el hombre para situarse en actitud dialógica y comunicativa ante Dios, que no cesa de salvarlo. Por eso la catequesis, como lenguaje de la Iglesia, no puede ser sino comunicación de la fe.

III. EL LENGUAJE DE LA CATEQUESIS

Si la catequesis es uno de los lenguajes eclesiales al servicio de la comunicación de fe, tiene, sin embargo, un lenguaje propio a través del cual expresa pedagógicamente el misterio de Dios y el misterio del hombre en experiencia de comunión. Busca que la comunidad y Dios se pongan en la misma sintonía, que hablen el mismo lenguaje, que la comunidad comparta el punto de vista de Dios.

Las formas de lenguaje catequístico son variadas. Es necesario conocerlas y, sobre todo, ejercitarlas, a fin de no poner a la catequesis una vestidura demasiado estrecha, por ignorar expresiones quizá más acordes con la mentalidad contemporánea.

En un período demasiado largo de la historia, la catequesis empleó un lenguaje preferentemente doctrinal, dando la impresión de que en él se agotaban las posibilidades de la comunicación de fe. El lenguaje bíblico y el litúrgico tuvieron cierta cabida, pero mucho menor que el doctrinal. Hoy la catequesis quiere dejar sitio a los lenguajes que revelan muchas de las expectativas, búsquedas y vivencias de los hombres de nuestra época.

Actualmente es normal pedir a los catequistas que se esfuercen por encontrar un lenguaje que entienda esta generación (CT 49), que no desdeñen las enormes posibilidades que ofrecen los medios de comunicación social y

los medios de comunicación de grupos (CT 46), que busquen infatigablemente lo mejor para responder las exigencias complejas de la comunicación con los hombres de nuestro tiempo (CT 31 y 50).

La catequesis, pues, opta con más clarividencia por aquellos lenguajes que reflejan la sensibilidad contemporánea

a. El lenguaje que es la persona misma del catequista

El es un lenguaje insustituible. Su capacidad de relaciones sin discriminación, su apertura fraternal y su solidaridad efectiva con las causas de los débiles. Su compromiso liberador y sus actitudes distantes del poder o del prestigio que somete, su presencia testimonial de honda raíz evangélica. "El mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente como si estuvieran viendo al invisible" (E.N.76), porque "el mundo contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio" (E.N. 41).

b. El lenguaje de los acontecimientos

La pedagogía de Dios continúa operante en el único lugar donde se verifica su proyecto salvador: la historia. El hombre crece en la fe, pero sólo al ritmo de Dios, o, si se prefiere, Dios lo hace crecer a su ritmo, en la medida en que escucha los acontecimientos como voces interpelantes de Dios y decide libremente ser protagonista con la porción de responsabilidad que le incumbe.

La catequesis antes de ser enseñanza, es acontecimiento, antes de abrir la boca para enseñar cosas sobre Dios, hay que vivir la experiencia de Dios, de sí mismo, del grupo que se reúne para vivenciar la catequesis. Pero se suele no darle mucha importancia. E.N.60, señala que cuando un catequista aún en el lugar más lejano, reúne a su pequeño grupo, está haciendo un acto de Iglesia

La catequesis no puede ignorar este lenguaje que hoy se destaca como uno de los más cargados de exigencia cristiana.

c. El lenguaje de la comunidad

Es de todos sabido que cuando la comunidad deja de ser lenguaje de fe, la catequesis se torna intrascendente. Y no puede ser de otra manera. Existe, en efecto, entre catequesis y comunidad una especie de simbiosis cristiana.

La catequesis es como la voz profunda donde resuena la vivencia evangélica de la comunidad creyente, pero la comunidad, por su parte, es una expresión visual del ideal cristiano que la catequesis pretende diseñar. Por eso, así como la comunidad habla por la catequesis, ésta, a su vez, tiene en aquélla uno de los lenguajes más persuasivos y ricos.

El lenguaje hace a la comunidad y la comunidad hace a la catequesis.

d. El lenguaje de los métodos

A menudo se han considerado los métodos como simples recursos prácticos o herramientas de educación en la fe. En realidad tienen mucho de eso. Sin embargo, por aquello de que los métodos son relativos y cambiantes, se ha acentuado quizá demasiado su carácter de "medios", de tal manera que aparecen extraños al proceso interno de la catequesis, por no ser esenciales a ella.

Es necesario enfatizar también que el método, una vez adoptado, participa plenamente de las exigencias internas del proceso educador de la fe. Por ser encarnación de los valores evangélicos que se promueven, adquiere el rango de un verdadero lenguaje catequístico.

El método está involucrado en la catequesis y habla por ella, de tal suerte que su eficacia se define, no sólo por la claridad técnica siempre necesaria, sino también por su identificación con la riqueza del misterio de Dios a cuyo servicio está. Por eso todo método, aún el más elemental, ha de revestirse de la "mística" propia de la catequesis, que está más allá de la pura funcionalidad utilitarista.

Antes de concluir este apartado, es necesario señalar algunas de las características principales de un lenguaje catequístico que quiera hacer resonancia de Dios en el corazón del creyente de nuestros días.

- En primer término, todo lenguaje catequístico debe ser vital. Debe brotar de la vida y enraizarse en ella. Quien se encuentra con él se siente reconocido porque le resulta familiar. Este lenguaje respeta y conserva la fluidez de la vida, y no necesita de camisas de fuerza para establecer comunicación. Eso sólo se consigue cuando el educador de la fe está presente y es atento a los procesos vitales donde se gestan las diversas formas de expresión comunicativa entre los hombres.
- En segundo lugar, el lenguaje ha de ser INTELIGIBLE. El lenguaje se comprende cuando los signos son accesibles al destinatario, cuando están carentes de rebuscamiento, son diáfanos por su sencillez y

auténticos por su verdad. Usar en catequesis un lenguaje comprensible no se logra sólo con técnicas. Es cuestión de interiorización y de asimilación personal, es resultado de ejercicio interior y de experiencia, pero sobretodo es producto de inserción en el medio y de capacidad para escuchar en actitud de pobres. Sólo quien se encarna y sabe escuchar en pobreza, puede darse a entender a los demás.

- En tercer lugar el lenguaje ha de ser **CREÍBLE**. Esto significa que debe ser capaz de suscitar en el hombre una marcha interior hacia Dios. Tiene en sí mismo suficiente poder para desencadenar el proceso personal de conversión. Un lenguaje es creíble cuando va acompañado de un profundo sentido de lo real, cuando se ajusta al ritmo del hombre y tiene en cuenta sus múltiples condicionamientos para creer. Es creíble cuando confía en las posibilidades ilimitadas del ser humano para caminar en el sentido de su propia vocación. Por ello este lenguaje está reñido con lo fantasioso. No busca impresionar ni seducir con artificios. Más bien cuestiona serenamente al hombre y le ofrece la alternativa de forjar libremente su proyecto de vida sobre otras bases.
- Por último el lenguaje de la catequesis ha de ser **ACTUAL**. La actualidad de un lenguaje no debe confundirse con la fácil imitación de una moda. Consiste más bien en sensibilizarnos y asumir críticamente las formas contemporáneas de comunicación humana para incorporarlas a la educación de la fe. La historia de la comunicación nos enseña cómo la humanidad ha pasado de una comunicación preferentemente oral a otra escrita, y hoy, gracias a los modernos recursos tecnológicos, se está privilegiando la comunicación audiovisual.

Aún para el más inexperto observador resultan evidentes los cambios que se se han producido en la mentalidad moderna, en las relaciones sociales, en la cultura, en los sistemas educativos, etc, gracias a los medios de comunicación. Se está gestando la cultura de la imagen. Está naciendo el hombre audiovisual.

La catequesis no puede vivir al margen de esta realidad que avasalla a nuestro mundo. No puede prescindir de estos medios, porque "la Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara estos poderosos recursos, es decir, si no empleara el lenguaje de esta época (EN 45).

Finalmente, no hay que olvidar que la búsqueda de lenguajes actuales es un quehacer delicado que puede tornarse conflictivo. Por un lado existe la exigencia de proclamar integralmente el mensaje de Cristo: están los símbolos de la fe y las formulaciones doctrinales consagradas por la tradición y avaladas por el Magisterio. Pero por el otro, ante la urgencia de "sintonizar" con la mentalidad de nuestro tiempo, existe la inquietud legítima de encontrar y elaborar lenguajes más de nuestros días.

Es claro que la catequesis no puede quedar estacionada repitiendo interminablemente lenguajes que ya no comunican nada. Pero es igualmente claro que tampoco puede ceder a la tentación de sacrificar elementos substanciales de la fe, en aras de un lenguaje seductor. Vale la pena leer a este propósito el N.º 231 de *Catechesi Tradendae*, donde se plantea lúcidamente este problema práctico y se señalan pautas de solución.

Los lenguajes propios de la catequesis, según las fuentes de las que se nutre:

ANTROPOLÓGICO

Es el que toma en cuenta a la persona en lo concreto de su situación, de su cultura de sus experiencias vitales, de sus relaciones y formas actuales de comunicación. Es el lenguaje de las ciencias del hombre, del mismo hombre, de la actualidad y de la vida.

BÍBLICO

El que enraiza y se inspira en la Escritura como expresión privilegiada de la Revelación divina, asumiéndola - unida a la Tradición- como el criterio normativo y supremo de la manera como Dios dialoga y se comporta con el hombre y la comunidad en su historia.

HISTÓRICO

El que expresa los acontecimientos del pasado, del presente y del porvenir, tocando la dimensión **PERSONAL** (edades), **SOCIAL** (historia humana), **BÍBLICA** (historia de la salvación) y **ECLESIAL** (historia de la Iglesia) de la fe.

TRADICIONAL

El que recoge aquellas expresiones de la Tradición viva de la Iglesia, que forman el patrimonio substancial de su fe y entiende como válidas aún en nuestra época. Por ejemplo el "Padre Nuestro". Estas son tradiciones universales y locales.

LITÚRGICO

El que recoge las expresiones del culto cristiano que celebra los misterios de la fe en el año litúrgico, la liturgia de las horas y sobretodo en los sacramentos. Prepara la celebración de la fe y refuerza el proceso de celebración de la fe, como lo señala el Sínodo de los Obispos, la catequesis es memoria, celebración.

TEOLÓGICO

El que expresa las variadas formulaciones doctrinales, antiguas y nuevas, de la fe cristiana para darle una mayor claridad, profundizaron, y adaptación a los tiempos, las culturas y los grupos humanos donde ella misma es proclamada. La Iglesia tiene un cuerpo de doctrina que la guía, la nutre y la clarifica. El catequista debe ser también un maestro de la fe, él debe dar certezas de fe, no así puntos de vista que estén en discusión o aún no comprobados.

MAGISTERIAL

Es al lenguaje que encontramos en la enseñanza de los legítimos pastores del Pueblo de Dios, los cuales interpretan con autenticidad el Mensaje cristiano, por vocación, carisma y ministerio.

TESTIMONIAL

Es el que expresa las exigencias de vida, los compromisos cristianos y las actitudes evangélicas del discípulo de Jesús. Es tan importante, que EN ha marcado una pauta: al hablar de los medios de comunicación, el primero que establece es el testimonio.

PEDAGÓGICO

El de la Ciencias de la Educación, que la catequesis asume en su tarea de educar la fe de la comunidad, según la pedagogía de Dios. El método es también un lenguaje de la catequesis.

CONCLUSIÓN

Reflexionar acerca del lenguaje en la catequesis no es cuestión intrascendente u ociosa Es el reto fundamental de todo comunicador de fe llamado a ejercitar la rica gama de lenguajes que expresen densamente el Evangelio y soliciten del hombre la conversión.

Cada día crece más la conciencia eclesial de que no se agotan las riquezas comunicables del Misterio de Cristo en el lenguaje intereclesial, doctrinal, bíblico o litúrgico.

El espíritu que es la creatividad inagotable suscita otros lenguajes o recrea los antiguos. Al catequista corresponde responder a las exigencias que comporta la presencia del Espíritu creador en él.

Puede ocurrir que ciertos lenguajes catequísticos sean más o menos accesibles o utilizables por los catequistas, según temperamentos, cultura, ambiente, grupos humanos, etc. Lo esencial es no cerrarse a ningún lenguaje cuando se tiene la posibilidad de ponerlo al servicio de la fe. Es peligroso ser maestro de un solo libro.

En último término, hablar en nombre de Cristo, aprender los lenguajes de la catequesis es un privilegio que sólo otorga el Espíritu. El da ojos para ver, oídos para entender y lenguajes para hablar.